

MAIMONIDES-MEDICO

ANGEL FERNANDEZ DUEÑAS

ACADEMICO NUMERARIO

Dice Maimónides en su *Comentario a la Mishá*: "... Antes de aparecer en público, ha de pensar uno lo que quiere decir, una, dos, tres, cuatro veces y sólo entonces debe hablar...".

Mucha más de las cuatro veces que recomienda el sabio judío, he pensado sobre el tema de este trabajo y en las posibilidades de salir airoso en mi intención, que no es otra que la de ofrecer unas consideraciones, someras y más superficiales de lo que deseara, sobre Maimónides-médico, cuestión ardua sin duda toda vez que resulta imposible dicotomizar este aspecto de su compleja y maravillosa personalidad, de sus otras dedicaciones como filósofo, teólogo o jurista. Por ello, considero absolutamente necesario comprender su pensamiento global para intentar un análisis, por muy sucinto que éste sea, de una de sus múltiples facetas de hombre sabio, máxime cuando sus vastos conocimientos en las diferentes ciencias, no son sino meros complementos que utiliza para poder interpretar mejor la Torá y, en general, toda la literatura sagrada del pueblo judío. Pues, evidentemente, hay que admitir que, aunque los cuatro pilares de la obra maimonita son derecho judaico, filosofía, medicina y moral, el primero es el que más puntualmente le define. Dice Meir Orian a este respecto: "... Maimónides es el hombre de *Mishné Torá* y los dos cuerpos secundarios de su quehacer, la medicina y la filosofía, se nutren de la fuente inagotable de la religión y están iluminados por la luz de la fe...".

El mismo Maimónides afirma: "... El arte de curar aporta grandísimos servicios para adquirir virtudes y para el conocimiento de Dios, así como para alcanzar dicha verdadera; por ello el estudio de la Medicina es uno de los medios formidables de adorar a Dios...".

Sin embargo, quizá sea el aspecto médico de la obra del sabio judeo-cordobés, el más descuidado por los estudiosos, al menos españoles, o, más correctamente, uno de los que menos han brillado en el general concepto que de él se ha tenido a lo largo de los siglos. Max Meyerhoff quiere explicar este hecho, aduciendo el conocimiento sólo parcial que se tiene de su obra médica, ya que muchos de sus escritos aún no han sido sacados a la luz, y la reducida difusión de las ediciones de sus libros, mayoritariamente restringidos al idioma alemán. Algo de verdad hay, evidentemente, en esto, pues basta repasar los repertorios bibliográficos referentes a Maimónides para constatar este argumento. Desde el rabino Hermann Kroner, primer editor de varios de los libros maimonitas, hasta hace bien poco tiempo, han sido autores alemanes los más interesados en aquellos. Hoy en día, a Dios gracias, existen investigadores españoles vocados a la obra del polígrafo judío, entre los que cabe destacar al Dr. Carlos del Valle, recopilador y traductor de sus cartas y testamento.

También basa Mayerhoff el supuesto anteriormente expuesto, precisamente en la enorme trascendencia que este segundo Moisés tuvo para el pueblo judío en la noche oscura de la diáspora medieval. El Maimónides, autor de *Mishné Torá* y de *Guía de Perplejos*, el Maimónides naggib y rabino, el Maimónides padre, hermano y amigo, había de ser para los que inmediatamente le sucedieron, una suerte de semidiós, como reza una frase de su tumba de Tiberiades:

“... Hombre y semidios y si hombre fuiste concibió tu madre de ángeles celestiales...”

Y así, los enfermos indigentes del barrio judío acudirían a la vieja sinagoga del Rabí Musa ibn Maimón y pasarían la noche en un subterráneo, esperando encontrar la salud gracias a la aparición de su espíritu, en réplica de la “incubatio” que, siglos atrás, practicaron los griegos en el *asklepleion* de Epidauró.

De esta práctica supersticiosa, sigue afirmando Meyerhoff, la figura de Maimónides-médico, lejos de salir fortalecida, caería en un recuerdo ligado, más a aspectos esotéricos que puramente médicos.

Es obvio que esto no es del todo cierto, pero tampoco lo es la última postura que se pretende mantener, que no es otra que la de agigantar su trascendencia en detrimento de toda la medicina de una época. Porque, hoy día, se pueden leer en algunas obras de ciertos interesados comentaristas y exégetas del sabio judeo-español, toda una serie de exageraciones que ridiculizaban, injustamente, al estado general de la medicina en el siglo XII. Y así, Meir Orian, en su libro *Maimónides: vida, pensamiento y obra*, meritorio por demás, como es preciso reconocer, carga tintas atribuyendo al Cristianismo un protagonismo negativo ya que, dice él, su influjo sólo engendró ignorancia y obscurantismo al reprimir el pensamiento humano en todos sus aspectos, logrando con su cerrada postura hacer de este mundo, en el que importaba más la salvación del alma que el cuidado y la atención del cuerpo, una antítesis del reino de los cielos. Como consecuencia de esta situación, el eclesiasticismo sentaría carta de naturaleza y todo habría de girar alrededor del poder omnímodo de los sacerdotes y así la medicina misma pasaría a ser patrimonio exclusivo de los monjes en los que predominaban la superstición y la superchería, en vez de dejar la práctica a médicos conocedores de su profesión, afirmación esta última con la que no se puede estar de acuerdo.

El colmo de los despropósitos de este autor citado, es su opinión de que los manuscritos que contenían datos científicos se encontraban escondidos en los conventos con objeto de sustraerlos a las masas que, de esta forma, quedaban sumidas en la más profunda ignorancia.

Hemos de argüir en contra de estas atrevidas afirmaciones que, sin negar la indudable influencia de la Iglesia en el contexto socio-cultural del Medioevo, aquella se produjo en su mayor grado, en la Alta Edad Media, periodo histórico en el que hay que ubicar, realmente, a *la Medicina Monástica*, cuyo prestigio educativo y nosocomial es cierto que fue, hasta cierto punto, paralelo al elemento teúrgico que en aquellos tiempos impregnaba la vida de los hombres, pero de la que hay que decir también, que su decadencia, iniciada ya en los albores de la decimosegunda centuria, se agigantaría a raíz de los Concilios de Reims (1131) y Roma (1139), en los cuales se llegaría a prohibir de forma expresa, la práctica de la medicina a los monjes, fechas estas muy cercanas al nacimiento de Maimónides.

Pero, además, en esa denostada Medicina Monástica, que va desde la fundación de Montecassino por San Benito de Nursia en el 529, de Vivarium (537) o San Gall (720), existieron dos presupuestos que es conveniente señalar: Por un lado, que el objetivo principal de la vida monacal, como consta en las reglas fundacionales es, precisamente, el cuidado de los enfermos de forma que, según indica una personalidad de la categoría de Sigerist, el origen de los hospitales con esta prioritaria intención, es

cristiano y medieval. Por otra parte, como afirma Guerra, los monasterios fueron los que difundieron el desarrollo cultural en el Medioevo, diseminando la tradición literaria con el latín y la escritura latina como lengua universal.

Rota ya esta lanza por la Medicina Monástica, que representa en la Alta Edad Media, pese a sus reconocidas limitaciones, la única manifestación en el Occidente cristiano de la cultura en general y de la Medicina en particular, hay que dejar en claro otra cuestión previa:

El aludido autor, Meir Orian, da a entender en su exposición sobre el estado de la medicina en tiempos de Maimónides, que en toda Europa y concretamente en España, todo era ignorancia, desidia, superstición y descrédito. Nada más lejos de la realidad pues olvida que en 1135, *precisamente el año que nació Maimónides* (aunque últimamente, como indica Carlos del Valle, hay muchos autores como Kapah, Zalman, Kahana y Goitein, que aseguran el año 1138 como la fecha verdadera del nacimiento), fue fundada en Toledo, ciudad reconquistada por Alfonso VI cincuenta años antes, una Escuela de Traductores donde, entre otros, Gerardo de Cremona (1114-1187) traducía del árabe al latín, textos de Hipócrates, Galeno, Al Israeli, Rhazés, Al-Wafid, Abulcasis, Al-Kindi y Avicena y, entretanto, en Pisa, el médico y jurista Burgundio, vertía directamente del griego al latín, los *Aforismos* de Hipócrates y varios libros de Galeno.

Por si esto fuera poco para demostrar el comienzo del fin de la negra noche gótica en el Occidente Cristiano, aún cabría citar el advenimiento de la Escuela de Salerno, herencia próxima de la Medicina Monástica y precursora de una práctica laicizada que comenzaba ya a tener carta de naturaleza. Y dentro de ella, son dignos de mención, todavía en el siglo XI, Garioponto (970-1050), el arzobispo Alfano (1015-1085) y el gran Constantino el Africano (1020-1087) autores, los dos primeros, de importantes obras médicas y traductor el último de hasta treinta libros de autores clásicos, como Hipócrates y Galeno, bizantinos como Alejandro de Tralles y árabes como Alí Abbas, Ishaq al-Israeli, Huneyn ibn Ishaq e Ibn-al-Gazzar. Y a mediados del siglo XII, cuando apenas Maimónides había abandonado Córdoba, la Escuela Salernitana, en la plenitud de su floración, daba a luz obras tales como el *Liber de febribus*, de Ferrarius, el *Liber de urinis* de Maurus, la *Summula* de Diética de Pedro de Musanda, la *Práctica oculorum* de Benvenuto Graffeo, el *De passionibus mulierum* de Trótula, el célebre *Antidotarium* de Nicolás Salernitanus y, sobre todos los anteriores, la *Práctica Chirurgiae* del gran Ruggero di Frugardo.

Escuela de Salerno que, en su declinar, entregará el testigo en favor de las Escuelas de Medicina de Palermo, Nápoles y Montpellier, primeros vestigios de sus respectivas universidades.

De todo lo expuesto se deduce que, si Maimónides brilló en la medicina de su tiempo y, efectivamente, estamos convencidos de que fue así, no se debió a demérito de los médicos del Occidente cristiano, como se pudiera deducir desde la óptica partidista y exagerada de ciertos historiadores, sino a su propia y auténtica valía.

Y entrando de lleno en el quehacer médico de nuestro Rambam, las primeras cuestiones que se nos plantean, son dos: como y cuando logra su formación en este arte y hasta que punto es importante este perfil en su vida y en que momento y circunstancias se manifiesta.

Es suficientemente conocida la secuencia en la formación intelectual de Maimónides, iniciada por su padre, el ilustre magistrado de Córdoba, Rabí Maimón, alumno, a su vez, en los métodos de la erudición talmúdica, del Rabí Yosef ha Levi ibn Megas, el célebre maestro del centro de estudios judaicos de Lucena, educación influida, a la vez, por otras grandes figuras de la Córdoba de entonces: Rabí Yisshaq Alfasí Rabí Yosef Ibn-Zadik, filósofo, poeta y juez como su padre, el gran Yehudá ha Levi y Abraham Ibn-Ezra. También es sabido su público reconocimiento al magisterio de

Aristóteles del que llegó a decir "...su sabiduría es la más perfecta que puede poseer el ser humano...". Pero, sin embargo, no nos consta documentalmente que Maimónides tuviera algún maestro determinado en medicina. Hay algunos autores, como por ejemplo, León el Africano, que aseguran que había estado, durante algún tiempo, bajo el magisterio de Averroes y Abenzoar, los dos grandes médicos hispano-musulmanes. En lo que respecta al primero, la afirmación se basa en el contenido de una carta alegórica que le dirigiera su discípulo preferido, Yosef bar Yehudá Ibn Aknin, carta en la que no evidencia nada en dicho sentido, pues el alumno solo se limita a citar a Averroes, junto a Maimónides, como sus maestros y no en medicina, sino en filosofía.

También basándose en la correspondencia mantenida entre bar Yehudá y su maestro, Ernesto Renán, en su obra *Averroes y el averroísmo* (París, 1852), cree ver cierta influencia de este autor sobre Maimónides; hay que aclarar, sin embargo, que dicho magisterio intenta deducirse de la confesión que este último hace, de haber recibido las últimas obras de Averroes y "... haber encontrado la verdad con una gran exactitud...", comentario que tiene lugar en 1191, o sea, en la época de plenitud intelectual del sabio judío. Lo que si pudiera ser objeto de debate es la afirmación de algunos en cuanto a que llegó a conocer a Averroes durante su estancia en Almería ofreciéndole refugio cuando éste hubo de exiliarse por su exégesis demasiado libre del Corán, afirmación esta, que algunos ponen en tela de juicio, al suponer que su etapa, presuntamente almeriense (1148-1158), la desarrolló en Toledo, foco cultural de mayor categoría y más acorde con su eterna curiosidad científica. De todas maneras, la influencia médica de Averroes, si la hubo, no queda reflejada en su obra.

En cuanto al legado que pudiera haber recibido de Abenzoar, lo único que podemos asegurar es la alabanza que en su libro *De los venenos...*, hace del autor sevillano, refiriendo las noticias que sobre él pudo conocer de sus discípulos ya que, personalmente, nunca llegaron a verse. También en la parte final de su tratado *Sobre el asma*, cuando trata del fallecimiento del príncipe almoravide Alí ibn Yusuf, ocurrido en 1142 a causa de un tratamiento inadecuado para su padecimiento asmático, confiesa haber mantenido conversaciones sobre el caso, con Abu Yusuf y con Abu Bakr Muhammad ibn Zuhr, hijos, el primero, del médico y poeta judío Ibn Al Muallin y el segundo, del ilustre Abenzoar, ambos médicos actuantes en el desgraciado caso que relata.

Esta anécdota nos indica al menos, que ya en Fez, Maimónides se encontraba relacionado con los médicos más eminentes y aunque no parece que hasta entonces, hubiese practicado la medicina, podemos lícitamente suponer que a estas alturas de la vida, a los veintiseis años, ya había estudiado algunos libros médicos árabes y griegos, que después influirían en su pensamiento y en su obra, pues él mismo habría de afirmar más tarde que para conocer a Dios, su único objetivo, era necesario seguir un sistema de estudio de lo concreto a lo abstracto, preconizando el siguiente orden en la adquisición de los conocimientos: comenzar con la lógica, seguir con las matemáticas y las ciencias naturales para entrar con esta sólida formación, al templo de los estudios metafísicos. De ahí se infiere también, que en su continuo peregrinar por el exilio, fue adquiriendo los conocimientos previos necesarios, entre ellos los médicos, para llegar a su fin.

Pero, en realidad ¿cuándo comienza Maimónides a ser realmente médico? ¿A partir de cuándo prepondera en su polifacética personalidad el matiz de práctico de la medicina? Indudablemente ello sucede, en 1165, a raíz del fallecimiento de su hermano David. Y sin entrar en consideraciones por ahora, sobre la trascendencia que tuvo para él esta desgracia, ocurrida a continuación de la pérdida de su padre, de su esposa y de sus dos hijas, reveses que, incluso, habrían de determinar una profunda revisión de su pensamiento, sí hemos de afirmar que su decisión tuvo un fundamento de simple tipo económico, ya que David, además de su hermano, había sido el auténtico sostén de la familia ("... él se dedicó al comercio y yo viví en una

despreocupada indolencia...'). Maimónides, obligado entonces a mantener a su familia y a la de su hermano, tenía que dedicarse a alguna actividad que no estuviera relacionada con la ley judaica, como señalaban los sagrados preceptos y escogió la medicina a la que, desde entonces, se entregaría cada vez con mayor entusiasmo y con más completa dedicación.

La medicina de su época seguía de forma invariable los esquemas galénicos que permanecían en absoluta vigencia. La obra maimonita, por tanto, se basa en aquellos al igual que recibe influencias del legado hipocrático sin olvidar la fuerte inspiración de las enseñanzas de los profetas y los médicos judíos de todos los tiempos, factor este último que configurará una especial perspectiva en la elaboración de su pensamiento médico.

No se puede olvidar que Maimónides, si bien aprovecha las enseñanzas de los que le precedieron, tanto en cuanto no se enfrenten abiertamente a sus propios postulados, no tiene reparo en diatribar cuando lo cree necesario. Este caso se da con la mismísima figura de Galeno, al que aún reconociéndole su autoridad como médico, no se recata en manifestarse en su contra, en el capítulo 25 de su obra *Los aforismos de Mosé o Libro de la Medicina*, donde señala las contradicciones que aprecia en la producción galénica, en cuarenta ocasiones, una de ellas, por ejemplo, relativa al tratamiento de las hemoptisis, además de atacarle con virulencia al final de este mismo capítulo, refutándole sus opiniones teleológicas en cuanto a la génesis del mundo.

Maimónides dice en su *Ocho capítulos* que el estudio y el ejercicio de la medicina "... es una de las empresas más grandes e importantes y no como el tejido o la carpintería..." pero lo que da especial característica a su misión curadora es el carácter sagrado de su ejercicio, como indica en una carta a su discípulo Yosef bar Yehudá: "... *El arte de la medicina es un campo interminable; y es especialmente arduo para el hombre que teme a Dios, ama la verdad y no desea emitir dictámenes dudosos o imprudentes...*". Para él, en definitiva, la práctica de la medicina no podía ser solamente una forma de ganarse el sustento, sino que hacía de su trabajo, orientado hacia y para el hombre, una verdadera filosofía.

Y en su concepción del hombre, punto de partida de sus pensamientos y único fin de su quehacer médico, habrá de sufrir en el transcurso de los años y por el influjo de sus tristes experiencias, un profundo cambio. En su etapa juvenil el hombre representaba para él una minúscula partícula del Cosmos, pero, a la vez, el indiscutible centro de la naturaleza terrenal. Así afirma: "...Todas las criaturas del mundo sublunar fueron creadas en beneficio exclusivo del hombre (...) y si creemos no conocer la utilidad que pueden tener para la existencia humana determinados animales y plantas, eso es sólo lo que le parece a nuestra débil razón. En realidad, no puede haber ninguna hierba, ni fruto, ni género alguno de animal, del elefante al gusano, que no sea útil al hombre..." Esta misma idea antropocéntrica la extrapolará a su concepción del sabio como centro de atención del resto de los hombres corrientes, que han de subordinarse para facilitar el desarrollo y floración de su excepcionalidad.

Sin embargo, en su madurez, justamente tras el fallecimiento de su hermano David, sufre una profunda crisis que traerá como consecuencia un cambio radical en la concepción de la imagen del mundo; entonces asegurará Maimónides que no es posible que el universo exista en función del hombre, negación esta que desmorona, de una vez por todas, su visión antropocéntrica del mundo. Este cambio radical, que se nos pudiera antojar desmesurado, lo justifica Heschel diciendo que "...la profundidad vestiginosa de su pesadumbre es tan insondable como la vastedad infinita de su pensamiento..."

Más, a pesar de todo, él siempre reconocerá el orden razonable y justo del universo que ve reflejado, incluso estructuralmente, en el hombre. En el capítulo 72 de la primera parte de su *Guía de Perplejos* que titula "El ser y la naturaleza en general; el

universo y el hombre”, tras entrar en consideraciones cosmológicas basadas en las doctrinas de Platón y Aristóteles en las que no es el momento de profundizar, aborda constantemente la relación de la permanente dualidad macrocosmos-microcosmos y deja sentado de forma definitiva, qué es, realmente para él, el segundo; dice así: “... Advierte que, pese a lo que dejamos dicho respecto a la semejanza existente entre el universo mundo y el individuo humano, no es esa la razón de haberse dicho del hombre que es un “microcosmos”, pues tal semejanza podría hacerse extensiva a cualquier individuo entre los animales de organismo completo y, sin embargo, nunca habrás oído que dijera ninguno de los antiguos que el asno o el caballo sean microcosmos. Si se afirmó del hombre, por lo que lo distingue particularmente, cual es la “facultad intelectual”, quiero decir el “instinto hílico”, cosa que no se encuentra en ninguna otra especie animal...”.

El término “instinto hílico” que utiliza Maimónides podemos interpretarlo libremente como “instinto de la materia”, cuyo concepto se incardina con su especial pensamiento antropológico: para él, todos los seres del mundo se componen de *materia* -substancia indefinida fundamental- y de *forma* -esencia de las cosas-. El hombre, microcosmos, también se halla formado de materia y forma y esta forma está representada por el alma, que no es algo con lo que uno nazca, como una substancia, sino que nos otorga como una facultad, como una mera posibilidad, como una *razón potencial* que después, el propio hombre, deberá complementar con lo que llama *razón adquirida*, suma total de los conocimientos que haya podido alcanzar.

La destacada prioridad que Maimónides da a esta *razón potencial* que es el alma, podemos comprobarla en el siguiente párrafo de su *Carta sobre la resurrección de los muertos*: “... En verdad, la vida inmortal es la vida del mundo futuro, en la que no hay cuerpo. Porque yo creo, y esto es verdad para todo hombre de conocimiento, que el mundo futuro (lo constituirán) las almas sin los cuerpos, como los ángeles. La explicación de esto es que el cuerpo es, en verdad, el instrumento para la acción del alma...”.

Fecundo pensamiento que define el hombre como persona, única forma de poder llegar al fundamento de la medicina y cuyo esquema veremos repetido en la especial antropología paracelsiana, como avanzadilla de un auténtico humanismo, permítaseme la expresión, “plenamente humano”.

Así será la medicina maimonita, empeñada en curar tanto los males del cuerpo como los del alma, impulso de su sentido del deber para con el prójimo hecho a imagen y semejanza de Dios. Esta es la explicación de que en sus libros médicos se encuentren pensamientos filosóficos de profundo contenido moral y en sus obras teológico-filosóficas existan, diseminados, numerosos conocimientos médicos.

Maimónides se muestra decididamente partidario de la teoría humoralista hipocrática. Tal postura podemos entreverla en una carta dirigida a su discípulo Yosef bar Yehudá, en contestación a otra de éste, en la que le pregunta si la muerte de un hombre está preestablecida por Dios; y el maestro, en lugar de considerar el problema desde un punto de vista teológico-religioso, lo aborda dándole un matiz fisiológico-natural. Y en este sentido asegura, que todo ser vivo puede vivir en tanto es capaz de regenerar los humores orgánicos que, normalmente, se desgastan a lo largo de la vida; además, continua, existen factores que influyen en el mantenimiento de la vida del hombre, especialmente la temperatura corporal, encargada, entre otras cosas, de la digestión de los alimentos y que ha de mantenerse en un punto ideal, sin aumentos ni disminuciones, al igual que una lámpara permanece encendida mientras la cantidad de aceite sea la necesaria y se apagaría si dicho aceite falta o se encuentra en exceso. De ello deduce la necesidad que tiene el hombre de evitar todo aquello que pueda perturbar el fluido de los humores y el mantenimiento correcto de la temperatura corporal, para así conservar un estado de salud inalterable.

También sigue en sus concepciones fisiopatológicas a Galeno cuando afirma que el corazón "... es el órgano principal, que está en constante movimiento y es el principio de toda moción que se produce en el cuerpo, en tanto que los restantes órganos corporales dependen de él y él les suministra por su sístole y diástole, las facultades que precisan para sus funciones..." y agrega: "... si el corazón se para un instante, el individuo muere y todas sus funciones se paralizan..."

Pero este esquema nos resulta un tanto estrecho para comprender los conceptos de salud y enfermedad que Maimónides concibe, cuyo enunciado podemos encontrar diseminado en su vasta obra, tanto en escritos de corte filosófico-teológico -en *Mishné Torá*, sobre todo en su sección "Pensamientos", en *Ocho capítulos* y en *Guía de Perplejos*- como en los puramente médicos, fundamentalmente en su tratado *Sobre el régimen de la salud*.

Partiendo de un asumido presupuesto: "... La conservación de la salud es un mandamiento divino...", aserto en el que vemos que aborda el concepto de salud como un tema religioso, podemos recorrer el razonamiento del Maimónides-médico-filósofo cuando afirma que la salud del cuerpo es la condición previa e indispensable para la integridad moral e intelectual del individuo y su fin, el enriquecimiento espiritual (*Ocho capítulos*, V). Por ello dice: "... quién se ajusta a las reglas de la medicina pero sólo cuida de la salud de su cuerpo, no procede bien. Al mismo tiempo, debe preocuparse de que su cuerpo este fuerte para que su alma pueda conocer a Dios y él mismo pueda perfeccionarse intelectualmente..." (*Mishné Torá*, "Pensamientos", III, 3) aseveración que nos recuerda el famoso postulado de Juvenal, "mens sana in corpore sano" fundamento de su actitud psicoterapéutica que después veremos.

Pero no se detiene ahí en su concepción del estado ideal de salud, pues considera que, además de la ausencia de enfermedad, alimentación conveniente y bienestar espiritual, hay que tener en cuenta una serie de *factores anexos*, dice él, como son el ambiente y las condiciones sociales. Concepto de salud que puede extrapolarse al que actualmente mantiene la moderna Medicina Social y que Maimónides resume, de una forma un tanto poética, cuando define a aquella como todo lo que embellece la vida del hombre y contribuye a su bienestar, todo lo que causa placer y produce satisfacción desde el punto de vista estético. En suma, asegura, "... todo enfermo tiene el corazón agobiado y todo sano rebosa felicidad...", definición que justamente ahora, comienza a popularizarse.

Pero, en definitiva ¿por qué causa puede advenir la enfermedad del hombre?. En primer lugar, niega de forma tajante, la creencia, tan en boga, de considerar a los espíritus como productores de enfermedad y, como consecuencia, se opone con indignación a toda clase de supercherías, conjuros y predicciones astrológicas. En su *Comentario de la Mishná*, en *Mishé Torá* y en *Guía de Perplejos*, trata repetidas veces de este aspecto, intentando erradicar la idolatría del pueblo judío. Dice "... Todo el que cree en esas cosas y las supone verdaderas, pese a que están prohibidas por la Torá, no es más que un necio...", afirmación esta, que nos marca el nudo gordiano de su pensamiento, que no es otro que el matrimonio de la Biblia con el aristotelismo, la conciliación de la revelación y la filosofía, la armonía entre la fe y la ciencia, fecunda idea de un pensador medieval que ejercerá perdurable influencia en la teología de otras religiones, constituyéndose en maestro de escolásticos cristianos de la talla de San Alberto Magno y de Santo Tomás de Aquino.

Ateniéndose a las causas de la enfermedad, nos dice en *Guía de Perplejos*: "... En gran parte de las enfermedades que sufre el hombre, es él el principal culpable, debido a su ignorancia en el tratamiento de ciertos males y, especialmente, en su prevención. Al igual que el ciego, por causa de su ceguera, tropieza constantemente y se hace daño..." y, aunque recalca que el principal factor de sufrimiento humano, es la falta de conocimientos higiénicos -fundamento, como después veremos, de su principal

actitud terapéutica- divide las causas de los males en tres clases.

La primera de ellas, dice "... son los males que advienen al hombre por razón de la naturaleza, de lo sujeto a nacimiento y desaparición, es decir, por estar dotado de materia..." y serían, por ejemplo, enfermedades de carácter connatal o adquiridas a causa de alteraciones cósmicas (fuego, seísmos, "corrupción del aire"...), de las cuales no puede sustraerse, como dice Galeno, en el Libro III de su *Tratado sobre las funciones de los miembros*: "No te dejes seducir por la vana ilusión de que pueda formarse de la sangre menstrual y el esperma, un animal que no muera ni sufra, que este en perpetuo movimiento, o sea resplandeciente como el sol...".

Una segunda clase estaría constituida por aquellos males que se infligen recíprocamente los humanos, como, por ejemplo, la tiranía y, por fin, la última comprende los sufridos a consecuencia de los propios excesos, tanto sexuales como en la dieta, que constituye, sin duda, la causa más frecuente de enfermedad que puede padecer el hombre.

Por tanto, la enfermedad no procede de Dios, creador del Ser, bueno por autonomasia, ya que el mal sería, simplemente, un *no-Ser*, una carencia de bien, tesis que hace extensiva a su idea de la muerte: "... Morir es un mal para el hombre, pero consiste en *no-Ser*; no es pues, algo real y positivo, sino ausencia de bien". Maimónides, en definitiva, rechaza la concepción de lo negativo como una forma de existencia.

Centrémonos ya, una vez expuestos los esquemas maimonitas sobre el conocimiento del hombre y su visión fisiopatológica y etiológica de la enfermedad, en su aspecto puramente clínico.

Aunque es cierto que lo que imprime un sello especial a su actividad médico-literaria, es su producción sobre Higiene y Dietética, como más adelante veremos, es evidente que también existió el Maimónides clínico, conocedor y terapeuta de una amplia patología.

Ateniéndonos sólo a su obra médica escrita conocida, podemos colegir sus conocimientos en este aspecto. Así, en los *Compendios de la obra de Galeno* que, como su nombre indica, lejos de ser una obra original, constituye un intento de facilitar el estudio de los escritos de dicho autor, vierte, al decir del célebre médico y filósofo de Bagdad, Afsalatif, "... una selección de los *Dieciseis Libros* de Galeno y de otros cinco libros..." refiriendo múltiples conceptos de tipo clínico práctico. Otro tanto podemos decir de su obra *Comentarios a los Aforismos de Hipócrates*, basada en la traducción que de éstos había hecho Honain ibn Ishaq y en la que, sin perjuicio de dar su opinión personal al respecto, clasificándolos en dudosos, comprobados, repetidos, no útiles y absolutamente erróneos, es obvio que conoce y practica todo lo que los Aforismos con los que está de acuerdo, dictan.

En aspecto puntuales de la patología, habríamos de destacar sus conocimientos sobre las hemorroides, en cuyo tratado del mismo nombre, aparte de dar una serie de pautas terapéuticas, asumibles incluso hoy día y de recoger los conocimientos sobre la enfermedad, de Rhazés, Avicena y el español Abenguefit, trata su clínica de acertadísima forma y deja constancia, entre otras cosas, de la relación entre la constipación-consecuencia de la mala digestión para él- y la aparición de esta afección.

Igualmente, en su *Tratado del asma* expone el cuadro clínico de este proceso destacando de entre sus síntomas, la sensación de opresión torácica y disnea y la fuerte cefalea, hasta el punto, dice él, de no poder soportarse la presión del turbante. Asimismo, refiere la influencia del clima en su aparición y la posibilidad de transformación en enfermedad crónica.

En *Sobre la gota o podagra* nos revela sus conocimientos de este morbo, ya descrito por los autores clásicos y absolutamente vigente, a la sazón, en su morbilidad.

Son dignas de admiración las descripciones de los cuadros clínicos de envenena-

mientos por picaduras y mordeduras de avejas, avispa, arañas, serpientes y escorpiones; sus reflexiones sobre el periodo de incubación de la rabia y la descripción de ciertos envenenamientos, entre los que destacaríamos el de la belladona, en cuya clínica describe la rubicundez del rostro; y el vértigo y la hematuria que acompañan a la intoxicación por cantáridas.

Pero, tal vez, donde más extensión y variabilidad se comprueban sus conocimientos clínicos, sea en su *Libro de la Medicina* o *Aforismos de Mosé*, al decir de Meyerhoff, la obra médica más extensa y más importante de Maimónides. A lo largo de los veinticinco capítulos de que consta, aborda junto a temas de Anatomía, Fisiología e Higiene, otros relativos a Diagnóstico, Etiología y Patología General y Ginecología y ocupa hasta dos capítulos para tratar en extensión de las doctrinas galénicas de las fiebres, estadios y crisis de las enfermedades y dos más, relativos a los cuadros clínicos representados por emisión de sangre.

Valga este breve apunte para resaltar al Maimónides puramente médico práctico, perfecto conocedor de la vigente patología; no es, en realidad, un creador en esta vertiente, pero sí un recopilador crítico del legado clínico médico que recibe.

En cuanto a su postura terapéutica, va a basarla en un firme aserto previo: no basta curar al enfermo del mal que sufre, sino que hay que enseñarle a cuidarse, dándole las indicaciones necesarias para no enfermar más. Por ello, Maimónides insistirá en la prevención de la enfermedad más que en su tratamiento propiamente dicho. A este respecto asegura: "... Has de saber que la Medicina es una ciencia sumamente necesaria al hombre en todo lugar y en toda época; no solamente en caso de enfermedad, sino también en estado de salud..." y añade: "... La salud de la persona sana, es anterior al tratamiento de la enfermedad...", frases que nos muestran que la preocupación por la profilaxis, por la Medicina Preventiva, no es, como ahora se nos pretende convencer, patrimonio de modernidad ni de coyunturas político-sanitarias al uso, sino cuestión muy tenida en cuenta por médicos que nos han precedido, Maimónides uno de ellos, y por civilizaciones que se pierden en la noche de los tiempos.

La Medicina Preventiva constituye pues, la base de buena parte de la literatura médica maimonita, estando presente, de forma fundamental, en *Aforismos de Mosé* (capítulos XVII, XVIII, XIX y XX) y en el tratado *Sobre el régimen de la salud*, en cuya cuarta parte ofrece en diecisiete aforismos, toda una serie de prescripciones higiénicas y dietéticas, pudiéndose encontrar también repetidas alusiones a esta materia en varias obras de su producción filosófico-teológica. Todas las indicaciones que da en tal sentido, las resume en tres aspectos principales: dieta adecuada, desarrollo del cuerpo por medio del deporte e higiene personal y saneamiento del medio ambiente.

En cuanto a la dietética, afirma en su *Comentario a la Mishná*, que el médico sabio no cura con medicamentos, mientras pueda hacerlo con una dieta adecuada, postura que no es más que una afirmación de los dictados hipocráticos. En los capítulos III y IV de la sección "Pensamientos" del *Mishné Torá*, da toda una serie de prescripciones dietéticas, advirtiendo de las consecuencias de una dieta inconveniente: "... No hay que comer, asegura, todo lo que el paladar apetece, como hacen los perros y los asnos, sino que conviene comer alimentos nutritivos, ya sean dulces, ácidos, amargos o salados y hay que abstenerse de las sustancias nocivas para el organismo, aun cuando fueran apetitosas..."

Recomienda tener en cuenta la cantidad de alimento a ingerir, hasta satisfacer las tres cuartas partes de su apetito, dice, pues comiendo poco, puede el estómago digerir mejor los alimentos por la acción de la temperatura corporal y asimilarlos fácilmente.

En cuanto a la calidad de las comidas, desaconseja la carne de cerdo, las grasas y las carnes cocidas en leche porque, además de ser demasiado nutritivas y producir una

sangre fría y espesa -tal parece que nos está describiendo el suero sanguíneo de una hiperlipemia- son alimentos prohibidos por la ley. Asimismo, proscribía absolutamente carnes descompuestas y alimentos que despidan olor putrefacto, pues "... toda comida maloliente o excesivamente agria, es un veneno para el organismo..." y cita otra serie de aquellas de las que se procurará comer poco y sólo de vez en cuando, como productos elaborados con leche ordeñada más allá de veinticuatro horas, repollo, cebolla, puerros, mostaza y rábanos.

Se preocupa también del orden de los alimentos dentro de las comidas, así deberán comerse al principio todos aquellos que originan líquido en los intestinos, como las uvas, higos, moras, peras, sandías; posteriormente, las carnes deberán tener también un orden en su ingestión, primero las de pollo, después las de ternera y solo al final, pueden ser tomados aquellos alimentos que, en su expresión, secan los intestinos, como las granadas, membrillos y manzanas. Fundamenta este orden, en fin, porque "... siempre hay que comer primero la comida más liviana y luego la más pesada, pues los alimentos livianos se digieren con mayor rapidez..."

Preconiza finalmente, el reposo tras la comida: "... Siempre debe el hombre estarse quieto en un sitio mientras come y no caminar, ni cabalgar, ni cansarse, ni moverse demasiado, ni pasear, hasta que haya digerido los alimentos..."

Y tras indicar los cambios en la dieta que deban hacerse, atendidos a la edad del paciente, clima, época del año, etc., concluye diciendo: "... Todas las enfermedades que sufre el hombre o, al menos, la gran mayoría, son consecuencia de una alimentación deficiente o desmesurada..."

Otro de los pilares importantes sobre los que basa la prevención de la enfermedad el sabio judeo-español, es el deporte, el cual recomienda encarecidamente, explicando en detalle cuando debe realizarse: "... Haced gimnasia antes de comer y descansar luego...". Las diferentes clases de ejercicios corporales necesarios para la salud, afirma, son el juego de pelota, el pugilato y los ejercicios respiratorios. (*Guía de perplejos*, Cap. 25, III parte).

La higiene y el aseo constituyen, por fin, el tercer bastión de su Medicina Preventiva; en este sentido, podemos leer en el Cap. 33 de la III parte de *Guía de Perplejos*: "... La limpieza de los sentidos, abluciones del cuerpo y aseo, son igualmente cosas de que la Ley se ocupa...". Trata largamente del aseo personal, indicando cuando y como lavarse, que partes del cuerpo, cuantas veces al día, etc...

En cuanto a la higiene general, recomienda ambientes sanos, ya que la influencia de las condiciones climatológicas son muy importantes para la salud y en este sentido aconseja rehuir la vida en ciudades densamente pobladas y en barrios de calles estrechas, que impiden el paso del aire y de la luz, pronunciándose por la vida de los pueblos, "... donde el aire puro y los rayos del sol penetran en todos los rincones, evitando que el aire se vicié..." como asegura en su tratado *Sobre el régimen de la salud*. Termina dando normas sobre el tipo de prendas que se deben vestir de acuerdo con el clima, temperatura ambiente y época del año.

No obstante su gran preocupación por la Medicina Preventiva, sería injusto sustraer la imagen del Maimónides puramente terapéuta, o sea, la del médico consciente de la necesidad de su actuación activa en aquellos momentos que el tipo de enfermedad o su evolución, así lo aconseja.

Nuevamente hemos de recurrir a su producción médica escrita para intentar, siquiera sea una aproximación a dicha faceta. Una de las peculiaridades que se advierte en los escritos médicos maimonitas, peculiaridad por otra parte, extensiva a toda la literatura árabe de dicha temática, es su única preocupación por la medicina interna, por considerarse a la cirugía como una actividad curadora de menor rango. (Aquí habría que hacer una seria y rotunda excepción, que responde a otro nombre cordobés, Abulcasis, cuya obra quirúrgica no es sólo importante por lo que en si

significa, sino además por la repercusión que había de tener en todo el mundo médico durante muchos siglos). A pesar de ello, Maimónides trata de la cirugía, siquiera sea brevemente, en el capítulo XIV de su *Libro de Medicina*.

En este mismo libro se ocupa de diversos remedios; en su capítulo XXI, Max Meyerhoff ha entresacado 310 nombres de drogas, 285 de origen vegetal y 25 de origen animal o mineral, lista escogida por Maimónides de las obras de Avicena y de Ibn Wafid, haciendo especial hincapie, en los capítulos XII y XIII, en los purgantes y vomitivos. Habla de los afrodisiacos y narcóticos en su *Tratado del coito*; de los “remedios cardiacos” en su *Discurso sobre la explicación de los accidentes*, misma obra en la que cita todo tipo de pócimas, tisamas, oximelitos y electuarios y ofrece variados datos y conceptos de centenares de remedios vegetales en su *Libro de la explicación de los nombres de las drogas*.

Esta obra es, precisamente, la que demuestra de manera más clara, los amplios conocimientos farmacológicos de Maimónides, que recoge toda la tradición en Materia Médica, en gran parte gestada y absolutamente quintaesenciada en tierras de Al-Andalus. El mismo expone en su obra, las fuentes en las que se basa que son, en definitiva, las obras de similar corte, de cinco autores españoles, cuatro musulmanes y uno judío, Ibn Yulyul, Abul Walid ibn Yanah, Ibn Wafid, Al Gafiqi e Ibn Samyun.

Sin entrar en un exhaustivo comentario sobre esta obra, trabajo, por otra parte, ya realizado por mi, hace algún tiempo, cabe citar el glosario en el que el autor recoge un total de 1800 nombres de medicamentos simples, muchos de los cuales son de origen específicamente árabe o, al menos, aportaciones árabes a la medicina occidental, como son entre otros, la casia, el sen, ruibarbo, nuez vómica y moscada, zedoaria, galanga, betel, sándalo, alcanfor, anacardio, microbálano, acónito de la India, etc...

Siguiendo este aspecto terapéutico de la obra de Maimónides, en su tratado *De las hemorroides*, además de recomendar una alimentación adecuada, fundamentalmente vegetariana, nos da una relación de remedios simples y compuestos, tanto para uso interno como para aplicación local en dicha afección de la que, por otra parte, desaconseja el tratamiento quirúrgico.

Es especialmente digno de ser mencionado en el aspecto terapéutico, su libro *De los venenos y preservativos contra las drogas mortales* en el cual explica, tanto el tratamiento tópico de mordeduras y picaduras, cuyo primer paso sería dejar fluir la sangre para eliminar la ponzoña, como los remedios internos y externos a utilizar.

En el caso de envenamamientos por cardenillo, arsénico, litargirio, opio, beleño y cantáridas, cuestión que ocupa la segunda sección de la obra citada, recomienda el uso de las triacas y del bezoar como común antídoto, según indicara el gran Abenzoar en la última parte de su famoso obra *Teisir*.

La traducción latina del tratado *De los venenos...* habría de ejercer más tarde, notable influencia en la Escuela Médica de Montpellier, mereciendo ser citada frecuentemente en las obras de los dos cirujanos más notables del siglo XIV, Henri de Mondeville y Guy de Chauliac.

También, en las dos obras que el sabio judeo-cordobés dedica al Sultán Al-Malik Al-Afdal, *Sobre el régimen de la salud* y *Libro de las causas y síntomas*, contempla, junto a medidas higiénico-dietéticas y psicoterapéuticas, la oportunidad de tratamiento de drogas para las frecuentes alteraciones psico-físicas del aludido soberano.

Por otra parte, también menciona Maimónides nombres de drogas en sus obras filosóficas y teológicas, sobre todo en *Mishné Torá* y menos en *Guía de Perplejos*, cuando discute las leyes de la Biblia y del Talmud referidos a los alimentos.

No quedaría absolutamente delimitado el perfil médico de Maimónides si no lo contempláremos, al par que médico del cuerpo, sanador de las almas, tal vez la ocupación que él más deseó y a la que supeditaba, incluso, todas las demás de su amplísima actividad.

Su libro *Ocho capítulos*, libro de moral, escrito con el único objetivo de mejorar el comportamiento humano, no es en realidad, sino un tratado de medicina del alma. Y así, dice, de la misma forma que el concepto "cuerpo sano" sólo se puede aplicar al cuerpo que se encuentra en perfectas condiciones físicas y funcionales, "alma sana" sólo será aquella que dicta la ejecución de buenas acciones sin inclinarse nunca hacia proceder inmorales.

Una vez concedida la posibilidad de existencia de enfermedades del alma, llega a la conclusión de que así como para curar una enfermedad orgánica, es necesario conocer previamente la normal anatomofisiología del cuerpo humano, además de la posible causa de aquella, en las enfermedades del alma hay que buscar los agentes causales, tanto internos como externos, que obrando sobre la libre voluntad del individuos, pueda inducirle al mal. Por ello dice: "... Así como es conveniente a cualquier persona, visitar a un médico cuando aún no está seriamente enfermo para que este le advierta de los síntomas de la enfermedad y le de la terapia a seguir para que el mal no evolucione, así deben los "enfermos del alma" tratarse con un buen psiquiatra para que este evite el progreso de la enfermedad y le prevenga contra sus malas inclinaciones..."

Es absolutamente indispensable pues, afirma Maimónides en ciertos párrafos de su *Guía de Perplejos*, seguir una higiene mental cuya finalidad será el necesario equilibrio de las fuerzas psíquicas, equilibrio absolutamente necesario, no como un simple objetivo moral sino por las ventajas que ha de reportar a la salud general, ya que es obvia la relación que, dentro del ser humano, existe entre las fuerzas físicas y las psíquicas, de forma que una disminución de las primeras influyen en las segundas y viceversa.

Y, como un dato más a favor de la inseparable dualidad cuerpo-alma que él ve en el hombre y de las interrelaciones de ambos, tanto en salud como en enfermedad, globalmente consideradas, insiste en algunas de sus obras puramente médicas, en la importancia de la higiene del alma.

Así, en el tercer capítulo de su importante obra, *Sobre el régimen de la salud*, repetidamente citada (tan importante para S. Montaner como las obras de Séneca y el propio Eclesiastés), ofrece Maimónides todo un curso completo sobre la higiene del alma, en citas apoyadas en las obras de Aristóteles y Alfarabí, haciendo ver, en fin, la trascendencia del equilibrio de las fuerzas psíquicas. Y en su *Discurso sobre la explicación de los occidentes*, detalla en el capítulo XXI todo el régimen de vida que debe seguir el sultán El-Al-Afdal -al que está dedicada-, ofreciendo junto a consejos sobre ejercicio, dieta, baños, ritmo y horario de trabajo, medidas psicoterapéuticas tales como pasear a caballo, oír música y contemplar obras de arte.

Maimónides, en definitiva, da tanta importancia al estado anímico del enfermo y su repercusión sobre las enfermedad -"... muchas enfermedades han desaparecido por el solo efecto de la alegría..."-, asegura- que, con el fin de tranquilizar al enfermo, cuando sea menester no duda en permitir una cosa que siempre fustigó: recurrir a prácticas supersticiosas de curación si el enfermo, realmente, cree en su influjo. En este sentido escribe en la sección "Idolatría" de *Mishé Torá*: "... A quien fuera mordido por una víbora o un escorpión, le esta permitido soplar sobre el lugar de la mordedura, pronunciar ciertas fórmulas para ahuyentar el mal, incluso en sábado, para devolver la seguridad y tranquilidad al paciente. Aunque esto no reporta la menor utilidad, considerando que es un caso de vida o muerte, debe permitirse para que el enfermo no desfallezca a causa del miedo y del dolor...". Toda una lección, sin duda, de medicina psicosomática.

Estos serían, en síntesis, los aspectos fundamentales de la medicina maimonita. Vamos a obviar todo tipo de comentario de corte biográfico, sobre la fama que adquirió en su práctica profesional que le valdría el nombramiento de médico de

sultanes y visires; pasemos por alto los elogios que le tributan biógrafos tales como Ibn Usaibía o Ibn Al-Qifti. Detengámonos, para terminar, sólo en el Maimónides médico de hombres, en cuya dedicación brilla la más pura ética, el más acendrado humanismo.

El seguirá fielmente el concepto de *ser médico* que proclama: el médico ha de ser un hombre "moral" en su esencia, cuyo ejercicio no puede basarse sólo en el perfecto conocimiento del arte, sino que debe imbuir su práctica de elevados principios morales, de forma que pueda aliviar, además de los sufrimientos físicos, los espirituales del prójimo enfermo. No se ha de tender únicamente a ser "nada más que un médico" -concepto que tenía del mismísimo Rhazés, a pesar de su importante obra- sino a ejercer como "hombre médico", denominación en la encierra una actitud, un especial talante del hombre curador hacia el hombre que sufre. Y empleo el adjetivo curador pues si curar, etimológicamente significa ocuparse, preocuparse, encargarse y sólo por extensión quiere decir sanar, el "hombre médico" de Maimónides no se limitará a ser sanador de cuerpos sino que habrá de ocuparse, de preocuparse de la evidente dualidad que la persona del hombre encierra.

Cuerpo y alma, ciencia y amor, que aparecen en uno de los versículos de su *Plegaria*: "...Pon en mi corazón el amor a la sabiduría y el amor a tus criaturas...", criaturas que son de Dios, sin distinciones de riqueza, raza o religión, de bondad o maldad, de simpatía o animadversión.

Y así, sigue rogando a Dios: "... Fortalece mi cuerpo y mi alma para poder siempre ayudar al pobre y al rico, al bueno y al malvado, al amigo y al enemigo; para que vea en el enfermo solo al hombre...". Plegaria de un médico en la que como bien afirma Meir Orian, se confunde el amor al hombre, sobre todo al hombre enfermo y el amor a Dios, médico universal.

Para el médico actual, inmerso en problemáticas de toda índole que le influyen en un alejamiento, cada vez más marcado, de unos presupuestos que han de ser eternos; para el profesional de esta hora, más cerca por desgracia, de una medicina robotizada y fría, masificada y vacua, que de la presidida por la Virtud paracelsiana, considerando esta como postura ética irrenunciable, al andalusí, el cordobés Rabí Musa ibn Maimón debe constituir un modelo a imitar en el quehacer cotidiano.

El, basándose en un triple fundamento, razón, amor al prójimo y conocimiento de Dios, construye su pensamiento, dentro del cual la medicina se transforma en una gran plegaria, plena de espíritu de sacrificio y abnegación.

BIBLIOGRAFIA

- AZORIN, F.: La Higiene del alma de Maimónides. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, X, 1935.
- BARUCH, J.Z.: Maimónides as a physician. *Gesnerus*, 1982, 39, 347-357.
- DEL VALLE, C.: *Cartas y testamento de Maimónides (1138-1204)*. Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, Colección Estudios y Documentos, Córdoba, 1989.
- FENTON, P.B.: A meeting with Maimónides. *Bull. School orient Afr. Stud.*, 1982, 45 (1), 1-4.
- FRIEDENWALD.: Moses Maimónides the Physician. *The Jewu and Medicina*, 1944, II, 193-216.
- GLUCKMAN, L.K.: Maimónides and prayers for physicians. *Scalpe Tonge*, 1983, 27, 17-19.
- GOYANES.: La personalidad médica de Maimónides. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, XLV, 119-143.
- HAMEED, A.: Medical ethics in Islam, *Std. Hist. Med.*, 1981, 5, 133-159.

- HESCHEL, A.J.: *Maimónides*. Muchnick Edt., Barcelona, 1984.
- LEIBOWITZ, J.L.: *On the causes of symptoms. The medical contents of the treatise*.
- MAIMONIDES.: *Guía de Perplejos*, Ed. Nacional, Madrid, 1984.
- MEYERHOFF, M.: La obra médica de Maimónides. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, XLVI, 101-154.
- MUNTNER, S.: La Medicina Hebrea Medieval. *Historia Universal de la Medicina*, Barcelona, 1973, III, 119-135.
- ORIAN, M.: *Maimónides: vida, pensamiento y obra*. Riopiedras. Ed., Barcelona, 1984.
- PEÑA, C., DIAZ, A., ALVAREZ DE MORALES, C., GIRON, F., KUHNE, R., VAZQUEZ, C. Y LABARTA, A.: *Corpus medicorum arabico-hispanorum*, p. 81-96.
- ROSNER, F.: Moses Maimónides treatise on asthma. *Thorax*, 1981, 36, 245-251.
- SCHIPPERGES, H.: La Medicina en el Medioevo áraba. *Historia Universal de la Medicina*, Barcelona, 1973, III, 59-117.